



BOLETIN DEL CLERO

DEL OBISPADO DE LEON.

Sale dos veces al mes, regularmente en los días 1.º y 15, sin perjuicio de publicarse algun número extraordinario siempre y cuando el bien de la IGLESIA así lo reclame.—Se suscribe á 4 rs. y medio por trimestre en Leon, imprenta de Manuel G. Redondo, calle Nueva, remitiendo en carta franqueada, una libranza sobre correos, y sin otro requisito se mandará franco de porte.—Los números sueltos se venden á nueve cuartos.

Continúa el Discurso sobre el origen é importancia de las sagradas ceremonias y de la obligacion que tienen los eclesiásticos de observarlas con toda exactitud.

2. De la importancia de las ceremonias.

El que mire las ceremonias de una manera ligera y superficial, no es de extrañar tenga dificultad en persuadirse de lo importantes que son á la Religion, pero si fija sobre ellas su atencion y las considera bajo su verdadero punto de vista, si atiende á su significacion, si las examina en sus saludables efectos, no podrá menos de confesar que en su institucion ha presidido una sabiduria admirable y una prudencia elevada, que estos ritos sagrados reúnen ventajas inestimables siendo á un mismo tiempo: 1.º Un medio necesario para sostener el culto interno, 2.º Una profesion de fé sencilla, clara y acomodada á la capacidad de todas las inteligencias: 3.º Un preservativo poderoso contra el error. 4.º Una viva y elocuente leccion de moral, y 5.º Un alimento que nutre

y fomenta la piedad: *Imagines fidei, incitamenta pietatis, signacula religionis*, dice el concilio de Cambrai de 1565.

Y en cuanto á lo primero, es una verdad que no puede haber como no ha habido jamás religion sin ceremonias. En el estado de dependencia necesaria que tiene el hombre de los sentidos, le seria muy difícil elevarse á los objetos espirituales y concebir sentimientos religiosos sin ser auxiliado de algunos signos sensibles que los escitasen en su alma. Lo que no pasa por los sentidos, no causa en el espiritu impresiones vivas y permanentes; es, pues, necesario un culto exterior, signos expresivos, símbolos, ceremonias que le inspiren respeto, reconocimiento confianza y sumision á Dios, y que sirvan para sostener, fomentar y arraigar estos piadosos sentimientos en su corazon. Nuestros hermanos extraviados, que tan violentamente han atacado los ritos y ceremonias de la Iglesia católica, están hoy experimentando las funestas consecuencias de

esa triste desnudez á que han dejado reducido el culto, y se ven precisados á confesar que pretendiendo simplificar y depurar la Religion, la han convertido en un árido esqueleto que no sirve ni para herir los sentidos, ni fijar la atencion, ni mover los corazones. Un incrédulo moderno afirma estar convencido de que ninguna otra cosa ha desterrado entre los protestantes la piedad, y producido la irreligion y el ateismo, sino la abolicion de las ceremonias religiosas. (Feller, catecismo filosof. tom. 4.º edic. de Barcelona.)

2.º Las ceremonias son una profesion de fé clara, sencilla y acomodada á la capacidad de todas las inteligencias. Por medio de estos símbolos religiosos la Iglesia nos hace venir en conocimiento de la grandeza y Magestad de Dios, y sensibiliza en cierto modo la sublimidad y santidad de sus misterios. La señal de la cruz que tantas veces se repite en la administracion de los Sacramentos nos representa los misterios de la Santísima Trinidad y de nuestra redencion; es decir, todo lo mas grande que hay en la Religion. Las ceremonias del bautismo nos recuerdan la corrupcion de la naturaleza humana por el pecado: las de la liturgia nos dan un testimonio el mas vivo y elocuente de la presencia real de Jesucristo en nuestros altares, pudiendo asegurarse que no hay cosa mas eficaz para escitar la fé y la devocion de los fieles para con el augusto Sacramento, que ver la solemnidad y aparato con que se celebra el divino sacrificio; considerar que todos los antiguos sacrificios han sido abolidos y que solo hay un sacrificio que es el mismo Jesucristo que se ofrece al ver-

dadero Dios en todo el mundo: que en todos los lugares, en todos los tiempos, desde los Apóstoles hasta nosotros, nunca se ha interrumpido la sucesion de sacerdotes para ofrecerle con ceremonias tan variadas y expresivas, y que aun en medio de esta diversidad de ritos, se halla, sin embargo, en todos los pueblos la mas perfecta uniformidad sobre la fé de este misterio. No: lo repetimos, no hay cosa que mas claramente demuestre la creencia universal de la Iglesia acerca de este divino Sacramento, que la magestad y pompa de las ceremonias que ha establecido en su honor; ceremonias que son otras tantas demostraciones de sus piadosos sentimientos para con Dios, á quien considera realmente presente en este sacramento, y la prueba mas solemne, el testimonio mas auténtico de su fé, que forma contra todos los sectarios un argumento de prescripcion al que jamás podrán contestar.

3.º Las ceremonias son un poderoso preservativo contra el error, pues sirven para transmitir de siglo en siglo el sagrado depósito de las verdades reveladas, asociándolas á usos públicos y á prácticas observadas por los pueblos, y por lo mismo mas difíciles de desarraigar: monumentos perpétuos de las antiguas creencias, que como otros tantos testigos irrecusables deponen á cada instante con muda pero enérgica elocuencia contra las novedades de la impiedad. Bien lo han conocido los enemigos de la Iglesia, y es muy digno de observarse que no hay una entre las innumerables sectas que han aparecido en todos los siglos, que no haya atacado algunas de nuestras ceremonias religiosas (Feller, catec. filosof.) hasta que vino por

último la pretendida reforma á poner sus sacrílegas manos en todas y en cada una de las partes del culto católico; este engendro del abismo no ha perdonado medio alguno para ridiculizar y envilecer todos los objetos sensibles de la veneracion de los fieles y mudar la forma exterior de la religion, esperando asi alterar mas fácilmente la pureza de la fé. Pero la Iglesia que conoce mejor que aquellos la importancia de estas piadosas ceremonias, las ha opuesto siempre como una barrera á las nuevas doctrinas; y cuando quiera que algun dogma ha sido atacado por los herejes, esta sábia y piadosa Madre ha hecho de él una profesion pública mas espresiva y mas solemne, y multiplicado las fórmulas y ritos mas propios para manifestar su creencia acerca del punto controvertido. Asi cuando los gnósticos y los arrianos se rebelaron contra el misterio de la Augusta Trinidad, la Iglesia estableció el canto del trisagio ó *Sanctus* y el *Gloria Patri* al fin de cada salmo para dar un testimonio público y constante de su fé en las tres Divinas personas. Cuando la herejia se atrevió á negar la real presencia de Jesucristo en el inefable misterio de la Eucaristía, la Iglesia aumentó la pompa y magnificencia del culto al Augusto Sacramento, revistió de ceremonias magestuosas la sagrada liturgia y estableció las procesiones solemnes del Santísimo Sacramento. Este solo rasgo basta para demostrar lo importante que es conservar los ritos sagrados, y cuan peligroso es introducir en ellos la mas pequeña variacion.

4.º Son lecciones elocuentes de moral que nos hacen recordar nues-

tros deberes. El ceremonial del bautismo es un cuadro de las obligaciones del cristiano; el de el matrimonio una exortacion sobre los deberes de los casados; el de el órden una instruccion para los ministros del altar. La oracion que rezamos todos los dias nos recuerda que todos somos hermanos, é hijos de un mismo Padre que es Dios. Nuestras festividades reunen al pie de los altares las condiciones mas desiguales de la sociedad; la sagrada comunion admite á todos los cristianos á una misma mesa; hay pues cosa mas propia para fomentar entre los hombres la union y la paz? Los sagrados cánticos hieren agradablemente el oido, inspiran amor á la virtud y aborrecimiento á las canciones licenciosas que tan funestas son á las buenas costumbres: el lúgubre aparato de los funerales nos recuerda la fragilidad de nuestra naturaleza y la brevedad de nuestra vida, y eleva nuestros pensamientos á la eternidad: las imágenes de los santos ponen ante nuestros ojos perfectos modelos de todas las virtudes; y las fiestas que celebramos en su honor, nos animan y alientan poderosamente á imitarlos.

5.º Por último, es una reconocida ventaja de las ceremonias de la Iglesia la de que, bien ejecutadas, son un medio eficacísimo para elevar el espíritu y el corazon á la contemplacion de las verdades eternas, para alimentar y fomentar la piedad de los fieles, para instruirlos, ilustrarlos y escitar en sus corazones tiernos y piadosos afectos, y para derramar en su alma la uncion y el gusto por las cosas divinas, enseñándolos á juntar el espíritu á la letra, lo moral á lo físico, lo instructivo, lo piadoso y lo edificante, á lo simple y á lo natural. La belleza

y magestuosa forma de nuestros templos, el grave sonido de las campanas, la abundancia de cirios y luces, las procesiones públicas, el color y la forma de los ornamentos sagrados, las genuflexiones, las postraciones, los signos, la salida de los sacerdotes y ministros al altar, sus diferentes actitudes en él, sus repetidas salutations al pueblo, el ósculo de paz, las incensaciones, el agua bendita, el pan bendito... todo, todo es figurativo, todo es espresivo y edificante para el cristiano atento y religioso. Cuando se ve celebrar á un sacerdote piadoso y bien penetrado de lo que hace, con un continente grave y modesto, recitar las oraciones con un tono sencillo pero lleno de unción, observar con una religiosa exactitud hasta las mas pequeñas ceremonias, en una palabra, llevar, por decirlo así, escritos en todo su porte exterior los respetuosos sentimientos de que se halla poseido para con los misterios sublimes que ejerce, no hay quien no se conmueva, no hay quien no se sienta dulcemente trasportado á la piedad y al recogimiento, no hay quien deje de amar los santos ejercicios y prácticas de la religion y quien no asista con placer á los officios divinos. Sí: la vista de un ministro del altar que de una manera semejante desempeña sus augustas funciones, es muchas veces una predicacion mas patética, mas persuasiva y eficaz que todos los discursos mas elocuentes: y cuántas veces se ha visto á hombres irreligiosos, penetrados de sentimientos de devoción, y enter necerse hasta derramar lágrimas! aun herejes que se han convertido, ó que por lo menos se han sentido sobrecogidos de un religioso pavor y veneracion á nues-

tros sagrados misterios, asistiendo á los officios divinos!

San Gregorio Nacienceno refiere un ejemplo memorable á este propósito, que no puede ser pasado en silencio. El emperador Valente fautor de los arrianos, ya que ni con promesas ni con amenazas habia podido vencer la firmeza de San Basilio, pensó intimidarle con un rasgo sorprendente de magestad, y obligarle por este medio á comunicar con él. Preséntase en la Iglesia de Cesarea el dia de la Epifania rodeado de toda su corte; mas cuando oyó el canto majestuoso de los Salmos, cuando vió el orden admirable y la modestia de un inmenso pueblo, que parecia mas bien una congregacion de piadosos solitarios, y sobre todo cuando vió la pompa toda celestial del culto y de las ceremonias, los ministros sagrados que mas parecian ángeles que hombres, el Obispo parecido al sacrificador Eterno á quien representaba, inmóvil ante el altar, y tan recogido como si todo estuviese en calma, cuando el Príncipe vió todo esto, quedó inmóvil y como sobrecogido de un religioso temor; mas recobrándose un poco y queriendo presentar su ofrenda, ningun ministro acudió á recibirla, porque no sabian si el Santo Obispo querria aceptarla. Entónces Valente agitado de un repentino estremecimiento y temblándole las rodillas, hubiera sin duda caido en tierra, si uno de los sacerdotes que notó su desfallecimiento, no le hubiera sostenido.

Se nos dirá tal vez que en las aldeas y pueblos pequeños no puede ofrecerse este magnífico espectáculo que acabamos de describir; pero dígase lo que se quiera, es lo cierto que á

un párroco animado de un celo verdadero por la casa de Dios, nunca le faltan medios y recursos para celebrar los divinos oficios de manera que hablen al corazón de los fieles y los edifiquen. Si no puede reunir al pie de los altares esa imponente multitud de ministros sagrados, le será imposible instruir algunos jóvenes en las ceremonias para que las ejecuten con piedad y devoción? Será indigno de él hacer de su casa un pequeño seminario, que bajo su dirección ó la de algún otro eclesiástico virtuoso, surtiese á su parroquia de todos aquellos ministros que exige la solemnidad del culto público, y algún día de buenos sacerdotes á la Iglesia? No se podrían encontrar aun en las cofradías instituidas en cada pueblo jóvenes conocidos por su piedad y por su frecuente asistencia á la Iglesia, que ayudasen á celebrar los oficios divinos con la dignidad que corresponde? No se podría, en fin, acercarse las fiestas solemnes, como por ejemplo, la Semana Santa, el Corpus, el Patrono y otras, reunir á algunas personas que hubieran de ejercer algún oficio en ellas, para instruirles en las ceremonias que les tocase ejecutar? Porque no hay que dudarlo; si nuestras santas ceremonias producen los saludables efectos que acabamos de indicar, no es por otra cosa sino por ejecutarse con la dignidad debida. Mas si se practican mal, producen un efecto enteramente contrario, porque en vez de inspirar respeto por la Religión, la esponen al ridículo y al menosprecio, en lugar de edificar al pueblo le escandalizan. Júzguese, pues, por lo dicho, cuán estrecha es la obligación que tienen los ministros del altar de observar las ceremonias de la Iglesia con la mayor

exactitud, con el mayor respeto, y con la mayor piedad y decoro.

3. De la obligación de observar bien las ceremonias.

1. La Iglesia animada de un celo santo por la gloria de su Divino Esposo, nada ha omitido de cuanto puede contribuir al esplendor y majestad del culto. El orden en las preces públicas, el oficio divino para cada día del año, los ritos en la administración de los sacramentos, la forma y el color de los ornamentos sagrados, el adorno y decoracion de los templos y altares, las bendiciones, las incensaciones, el canto, la salmodia, todo lo ha mirado como objeto digno de su atención y de su celo, nada ha dejado á la arbitrariedad; y desde las funciones mas sublimes del Episcopado hasta las mas insignificantes de los grados inferiores en la casa de Dios, todo lo ha arreglado con la mas solícita minuciosidad, y nunca ha cesado de recomendar á sus ministros la observancia de estas santas reglas, decretando penas severas contra los que tuviesen la audacia de sustituir nuevos ritos á los que están aprobados y consagrados por una piadosa y constante tradición (Concil. Trid. ses. 22 *De observ. et evit. in celebrat. miss.*), y lanzando sus anatemas contra los que llevaren su temeridad hasta sostener que se pueden impunemente despreciar estas santas ceremonias, que los ministros pueden omitirlas á su arbitrio ó que cada pastor tiene facultad para remplazarlas por otras (Ibid. ses. 7. can 13.)

Y á la verdad, qué confusión no reinaria en la Iglesia, si cosas tan importantes como las ceremonias del cul-

to estuviesen sujetas á las variaciones y caprichos de los hombres! Cada uno tendria su método ó uso particular para la dispensacion de los divinos misterios, y sucederia que una misma parroquia, cada vez que mudase de pastor, veria al mismo tiempo mudar sus ritos y prácticas mas venerandas, y toda la forma exterior del culto público. Qué vendria á ser entonces de aquella perfecta uniformidad que tanto lustre dá á la Iglesia? Por eso, y con mucha razon, los teólogos enseñan que la mayor parte de las rúbricas del Misal, del Ritual y del Breviario son preceptivas y obligan en conciencia; que todos los ministros del altar están obligados á conformarse con ellas en la práctica; que todo aquel que deliberadamente ó por negligencia culpable omite lo que se prescribe y ordena en las rúbricas, comete un pecado por su naturaleza mortal, á ménos que la parvidad de la materia lo haga venial; que lo que de suyo es leve puede llegar á ser grave por el desprecio de la ley ó por el escándalo: máximas incontestables y que deben hacer temblar á tantos eclesiásticos que no teniendo en el ejercicio de sus sagradas funciones mas guia que la costumbre ó la rutina, acumulan faltas sobre faltas, descuidos sobre descuidos, apenas hacen alguna ceremonia á su debido tiempo y de la manera que está mandado, y rezan todas las preces con tanta precipitacion que á veces puede prudentemente dudarse si han pronunciado las palabras sacramentales.

2.º Pero no basta que un eclesiástico observe literalmente las ceremonias y reglas de la Iglesia, es preciso que las ejecute tambien con decencia. Deben, pues, estar las Iglesias aseadas

y bien adornadas, y hacerse con dignidad los oficios divinos. El celo por la decoracion y hermosura de la casa de Dios formó siempre el carácter de un eclesiástico digno de este nombre y lleno del espíritu de su ministerio: la fé viva de que se siente animado no puede sufrir ver en el abandono y desnudez un lugar que el Altísimo se digna honrar con su presencia. Ya que la pobreza de su iglesia no le permita hacer brillar en ella el oro y la plata pone todo su esmero y cuidado en tenerla limpia y aseada, supliendo así las riquezas de que carece; porque la decencia y el decoro del culto no exige ni alhajas de gran valor, ni ornamentos suntuosos; sino lo que requiere antes que todo es cuidado, vigilancia y celo, no siendo raro ver algunas iglesias muy ricas enteramente descuidadas y en un estado tan indecente que causa pena, mientras la de un párroco devorado del celo por la casa de Dios, está siempre bien cuidada, aseada y decente, sin verse en ella nada roto, nada súcio, nada mal colocado; todo allí está en su lugar, todo respira piedad, todo inspira recogimiento y todo anuncia la santidad del Señor que reside en ella.

Pero sigamos á este ministro fervoroso en el ejercicio de sus sagradas funciones; ¡con qué dignidad, con qué gravedad las desempeña! Prepárase siempre con el recogimiento y la oracion, y descubriendo con la viveza de su fé la santidad del ministerio que vá á ejercer aleja de sí cuidadosamente todo aquello que puede turbarle y distraer su atencion del objeto grande y sublime en que debe fijarla toda entera. Revestido de los ornamentos sagrados, vedle salir al altar con los ojos bajos, el cuerpo derecho, como

previene la rúbrica, y con esa imponente gravedad que hace bien conocer lo penetrado que está de los misterios que el cielo va á obrar en sus manos. *Procedit erecto corpore, oculis demissis, incessu gravi.* (Ritus misæ privatae cap. 1.). Bien convencido de que en el servicio de Dios no hay cosa alguna que no sea importante, procura ejecutar todas las ceremonias con desembarazo, con decoro, sin afectacion ni singularidad, evitando lo mismo una precipitacion escandalosa que una lentitud molesta: su respeto y veneracion se muestran en todo su exterior, y se pintan en el modo de andar, en su postura y en el tono de su voz: su porte grave, su continente humilde y modesto, su aire atento y recogido, su tono sencillo pero lleno de uncion... todo llama la atencion de los circunstantes, aviva su fé y les inspira el respeto mas profundo á los sagrados misterios, todo causa impresiones profundas en su alma y les hace participar los sentimientos de que el sagrado ministro se halla poseido. Refiérese de San Vicente de Paul, que no se le podia ver en el altar ó en el ejercicio de algun ministerio sagrado sin sentirse uno conmovido y admirado: en toda su persona se descubria tanta magestad, tanta grandeza, y al mismo tiempo una modestia, una humildad tan profunda, que se oyó muchas veces á personas que no le conocian decirse unas á otras; ¡Bendito sea Dios! he aquí un sacerdote que dice bien la misa: no puede menos que sea un santo: otros decían que les parecia ver un angel en el altar.

Mas si en lugar de estos ejemplos edificantes, el pueblo no vé en los ministros del santuario mas que negligencia y disipacion, que en lugar de la

decencia y gravedad que debe, por decirlo asi, derramarse por toda su persona, hace todas las funciones con un aire ligero y disipado, con un continente que manifiesta tedio é impaciencia; qué impresion hará sobre él un espectáculo semejante? No es un escándalo á los ojos cristianos el ver á un sacerdote subir al altar sin preparacion, dirigir á una parte y á otra miradas libres, hacer las ceremonias sin dignidad, hablar con el Dios de majestad infinita y de grandeza soberana con tan poco respeto como con el último de los hombres, en una palabra, tratar los divinos misterios con tanta precipitacion y con tan poca dignidad, que no parece sino que está burlándose de lo mas augusto que tiene la Religion? Cómo se podrá orar con devocion en un lugar donde reina la confusion y el tumulto, donde el clero, los niños de coro, los cantores y el pueblo, parece que todos conspiran á porfía á aumentar el desórden? Semejantes irreverencias despojan al oficio divino de toda su dignidad, destruyen la piedad y hasta debilitan la fé del pueblo cristiano, esponen la religion á la burla y mofa de los infieles y herejes, y dan pretesto al impío para seguir en su incredulidad.

3.º El respeto religioso que debemos tener en las funciones del culto divino no debe limitarse al exterior sino que debe estar profundamente impreso en nuestro corazon, que es á lo que Dios mira principalmente, y solo una piedad verdadera puede hacer aceptables á sus ojos los homenajes que le rendimos. Las ceremonias, las oraciones vocales, los signos exteriores y sensibles no son otra cosa que protestaciones públicas de los sentimientos de que está penetrado

nuestro corazón. Es, pues, indispensable para que nuestro culto sea sincero que estos sentimientos existan realmente en nosotros; de lo contrario estarán en contradicción con el corazón nuestras acciones, y las funciones más santas no serán á los ojos de Dios más que un vano simulacro de piedad una ficción, y mereceremos que se nos eche en cara lo que Jesucristo á los judíos. (Math. 15, v. 8) *Este pueblo me honra con los labios pero su corazón está lejos de mí.*

(Se concluirá.)

El Sr. D. Pascual Fernandez Baeza, uno de nuestros más célebres poetas contemporáneos, ha dedicado al ATENEO de esta ciudad los siguientes versos, que leyó el Sr. Gobernador de la provincia en la noche del 13 del corriente entre numerosos aplausos de los concurrentes.

ORACION PARA LA MAÑANA.

Dios mio, que la luz del nuevo día me dejas ver, y el canto peregrino escuchar de las aves, que á porfía gracias te dan con melodioso trino: hoy dame paz, salud, y sé mi guía; condúzcame tu espíritu divino: solo guiando tu, mi débil planta podrá firme seguir tu vía santa.

ORACION PARA EL MEDIO DIA.

El sol, en la mitad de la carrera,
al orbe que ilumina refulgente,
de tu poder la inmensidad pondera;
y á su Hacedor acata reverente.
Permíteme también que á la alta esfera,
tu morada, elevándose mi mente,
con fervor de tu gloria entone el canto,
invocándote Dios tres veces Santo.

ORACION PARA LA NOCHE.

Oye, mi Dios, de gratitud el canto
que á tu inmensa bondad eleva el alma.
La salud, de hacer bien el placer santo,
este día me diste, y dulce calma:
Haz que la noche, en celestial encanto,
duerma de la virtud bajo la palma;
y que en el sueño el corazón amante
no se aparte de ti ni un solo instante.

AL CONSUMATUM EST.

Pierde su luz el sol en medio el día;
conmuévense del orbe los cimientos;
las tumbas de sus lóbregos asientos
lanzan los huesos y ceniza fría:
Chocan y se combaten á porfía,
entre sí con furor los elementos;
y resuenan fatídicos lamentos
nuncios de horror, de espanto y de agonía.
¿Creación, de tu fin llegó la hora?
¿Del esterminio el ángel iracundo
hoy esgrime su espada destructora?
¿Qué infunde sentimiento tan profundo,
que á la tierra, y al cielo al par devora!
Murió en la cruz el Salvador del mundo.

Pascual Fernandez Baeza.

LEON.—Imprenta y lit. de Manuel Gonzalez Redondo, año de 1856.